

RAMIRO LEDESMA RAMOS, O EL INTELLECTUAL QUE NO TRAICIONÓ **Juan Aparicio**

Cuando el sincretismo, tenebroso y catastrófico, universal produce, presentemente, una moda y una conducta retro, más bien que prespectiva, repitiéndose en Chicago los crímenes más idóneos de las décadas tercera y cuarta de este siglo y los analistas económicos se regodean con un retorno espectral del «crack» de Wall Street, de aquel viernes negro de 1929, cuya irradiación maléfica trajo la unánime crisis de la riqueza europea y de su satelización imperial, convienen evocar la imagen y la personalidad del sayagués Ramiro Ledesma Ramos, emergente y asesinado en la España malévola de aquellas calendas, a las que tiende la inconsciencia analfabeta y el subconsciente delictivo de quienes aspiran a ser protagonistas de un nuevo caos y de unos linchamientos morales y fraticidas, colectivos.

Ramiro se insurgió contra esa debilidad del espíritu de sus contemporáneos, porque era demasiado inteligente para comportarse como cómplice de las veleidades intelectuales y de las asechanzas extranjerizas, que condenaron a la España gobernada con tanta blandura, y ninguna Dictadura, de Don Miguel Primo de Rivera, al atreverse el General y padre de José Antonio contra el predominio monopolizador de las Compañías petrolíferas, que hasta mangoneaban el circuito comercial de la gasolina, sustituyéndole por la Empresa Nacional de la Campsa y atrayéndose las fulminaciones del inverecundo «Temps» de París, de los agiotistas del oro negro y de los financieros internacionales, que estipularon un complot con los genes libertarios, separatistas, radicalmasónicos y socialdemocráticos de la Península, bajo la bendición «in extremis» del Nuncio de su Santidad y de la Prensa y Propaganda, que controlaba.

El horizonte de ese principio de los años treinta es tan semejante a la coyuntura del mundo actual, que nos induce a homologarlo con su análoga presión de los manipuladores de la energía y con las zozobras inflacionistas del dinero, aunque, tras el paréntesis de casi medio siglo transcurrido, existan unas discrepancias estructurales basadas en lo que se denomina aceleración de la Historia y que ha consistido en la minusvalorización de las Patrias, en la movilidad de los intercambios humanos mediante la velocidad de las monedas, de las otras mercancías industriales y suntuarias y de la información de una ofensiva audiovisual, embaucadora y ubicua.

Automóviles y autopistas, ondas hercianas y electromagnéticas que conjuntan a los hombres y a las mujeres dentro de una aldea global, pero con la antítesis de los sexos, de las edades y de las pigmentaciones epidérmicas, al lado de la euforia de lo fútil y de la ostentación capilar y pilosa, que, así como los árboles no dejaban contemplar el bosque, tampoco permiten la visión auténtica y rapada de nuestro ser y de nuestro contorno, son factores de una modernidad inarmónica y desequilibrante, sin parecido con aquella ocasión transitoria, cuando Ramiro Ledesma Ramos, después de atisbar y profundizar en las honduras y en sus circunstancias coetáneas, se dispuso, abandonando las bibliotecas de Filosofía, los cálculos matemáticos y los laboratorios físicos y químicos, a devenir cual un profeta y un activista de la Política, a contrapelo con el oportunismo mostrenco de cada instante de transición, antes de convertirse con voluntariedad en un mártir, o sea en un testigo de su propia muerte violenta el 29 de octubre de 1936, para inducirnos hacia una palingenesis nacional, que Miguel de Unamuno llamó de un modo precedente metarritmis, y luego se ha ponderado hasta la exageración como metabasis del pueblo y del alma.

Ledesma Ramos no divisó cuanto le rodeaba angustiosamente, entre los veinte años cruciales de su biografía y los treinta y un años de su asesinato, con unos ojos cansados de precoz presbicia, sino que se adelantó, sobre todo, a partir de la fundación de «La Conquista del Estado» y de las J.O.N.S., y más tarde de su «Discurso a las juventudes de España», escrito y publicado al cumplir apenas la treintena, a la problemática, que ahora acongoja a los débiles mentales, o sirve de plataforma a los seudorevolucionarios de una archiburguesía en el interior de una Nación más opulenta.

Ramiro no tuvo que fingir un presunto izquierdismo, una disfrazada calentura social, puesto que había nacido en el mísero escenario de la Provincia de Zamora, debajo del mito del pastor y libérrimo Viriato frente a Roma, en una familia de humilde y honrada cuna,

anticonformista y pedagógica, en contacto con la gleba y con la Escuela, instruyéndose en la austera soledad y en la rebeldía docente, ganando una plaza de Oficial de Correos a una edad poco más que quinceañera, editándose una novela medio autobiográfica al final de su adolescencia y evadiéndose de la Literatura madrileña, lugar entonces de su destino burocrático, para matricularse en las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias, seguir las clases de Ortega y Gasset, García Morente y Zubiri y emularles, colaborar en la «Revista de Occidente» y en «La Gaceta Literaria» en sus páginas de divulgador de Einstein y de Heidegger y de traducir del alemán el libro de Walther Brand y Marie Deutschbein «Einführung in die Miletischen Grundlagen der Mathematik».

Sin embargo, Ramiro Ledesma Ramos se desentendió de aquella exigentísima vida anterior con el propósito de enrolarse en una apertura más obligatoria y peligrosa, mediante el llamamiento y encuadramiento de la juventud hipnotizada, como siempre, por la traición y el canguelo crónico de los intelectuales y la creación ideológica, dialéctica y organizativa del Sindicalismo Nacional, mediante cuyo trampolín de origen anticonservador, pero vernáculo en sus tentaculares raíces zamoranas, tan puestas de relieve por su principal biógrafo Tomás Borrás, el país y los españoles iban a traspasar los límites históricos y a trasmutarse en una comunidad de cuarenta y cinco millones de habitantes, unánimes y ordenados, con libre albedrío constructivo, en torno de la trilogía incandescente del Pan, la Patria y la Justicia.

Ramiro Ledesma Ramos, autor de una extraviada «Filosofía imperial» y de un ensayo juvenil y madurísimo sobre el Quijote, motociclista empedernido y espectador veraz del cinematógrafo, habiéndose libertado de sus gafas de miope, de su sombrero hongo y de su par de botines, para introducir su cuerpo valeroso en un jersey con cuello de cisne y la garra hispánica, o en una camisa proletaria con el yugo y las flechas jonsistas, no es sólo un héroe abatido y ya algo lejano, ni es una figura de cera en el Museo de la Plaza de Colón, donde por fortuna no está, ni es un símbolo pasadista y reaccionario, sino una cantera virginal, un compatriota todavía inédito y aún sin estrenar, cuando, si no hubiera sido masacrado, en medio de la cárcel de las Ventas y el cementerio de Aravaca, sólo le faltarían unos meses para ser un septuagenario.

Las generaciones venideras e inmediatas han de investigar cada paso de su existencia y demostrar más generosidad interpretativa, que la regateada por el crédito oficial o por la bibliografía de una época de funcionarios, sin la anchura de corazón de José Antonio Primo de Rivera, quien superó sus contradicciones conflictivas con Ramiro, concediéndole una confianza postrera. Se esforzaron en representarle con fidelidad una minoría compuesta por los historiadores Santiago Montero Díaz y José María Sánchez Diana, por la tesis doctoral de Pablo Martín Caballero, por el leal Antonio Macipe, por su compañero universitario Emiliano Aguado y, principalmente total y ecuánime, por don Tomás Borrás Bermejo; pero nos falta la rehabilitación de este luchador, inteligente, audaz y bondadoso, en favor de la grandeza psíquica y cerebral de España, del fomento de su Agricultura y de la industrialización de su genio indómito e innato. No es un azar que el vigente español que ejerce la presidencia del Instituto Nacional de Industria sea un lector asiduo de Ramiro, que admire su figura y que no oculte que sus obras fundamentales, tal el «Discurso a las Juventudes de España», son sus libros de cabecera.

[Texto extraído de *En Pie*, Revista de Información General; año XXXII, núm. 342, págs 16 - 17]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 23